

DON MARTIN DE AMBEL: EVOCACIÓN Y REALIDAD. ALGUNOS PROBLEMAS SOBRE LA ESCRITURA DE LA HISTORIA DE CEHEGÍN

Elena González-Blanco García

En 1997 apareció el libro de Salvador García Jiménez, *La gran historia de honor de Don Martín de Ambel*. Yo no se cuantos cehegineros la habrán leído, pero tengo la impresión de que el libro ha quedado un tanto olvidado y eso no me parece bueno. Un acontecimiento de este calibre bien merece una actualidad siempre reavivada.

No es común, en efecto, que una villa tenga una historia como la de Don Martín de Ambel y menos aún que tal historia tenga un escritor de bien merecida fama para atreverse con ella. Si pasados apenas cinco años y cuando la historia de Cehegín sigue interesando y la novela histórica, en general, arrasa, bueno será preguntarnos por qué el magnífico libro de Salvador García Jiménez no se comenta de forma continuada en los mentideros de nuestro pueblo. Ya que lo adecuado sería que un libro así fuese lectura de cabecera para cualquier ceheginero que tenga un mínimo de interés por su pueblo.

La historia se desarrolla en el siglo XVII (D. Martín de Ambel nace el 6 de abril de 1592 y muere en verano de 1661), es decir nace en tiempos de Felipe II y muere en tiempos de Felipe IV. Es el siglo de Cervantes, de Lope y de Quevedo; el de Calderón, Tirso y la picaresca; son los tiempos de Francisco de Vitoria y de Suárez; es la hora de Tomas Luis de Vitoria y de Cabezón; es la hora de Velázquez, de Zurbarán, del Greco, de Martínez Montañés y de Gregorio Fernández. Es la hora cenital de la historia de España, ya más bien un poco entrada la tarde, pero todavía lejos del crepúsculo. Este mensaje no se transmite al lector de la novela. Está claro que no era necesario ya que ninguno de estos grandes genios debieron pisar Cehegín, pero si lo apuntamos es para centrar mejor el contenido de la obra.

Es la hora del esplendor de la nobleza en todas sus dimensiones y es la hora del florecimiento de toda la heráldica. La moral del país está transida de tales códigos: "Nobleza obliga" era un lema que hay que admitir que funcionaba y que la mayoría de la nobleza mantenía teórica y prácticamente. Sin duda que habría excepciones, como siempre, pero una cultura se da cuando los valores que se predicán dominan la vida pública; de otro modo si se rompe el equilibrio entre teoría y práctica, sobreviene la crispación y la crisis social; y en definitiva si la ruptura es suficientemente grave sobreviene la revolución. Y en aquel siglo parece ser que se mantuvo el equilibrio y por tanto hay que admitir que la nobleza debió cumplir su función social y el papel que en la sociedad se le asignaba. Y esto tampoco se refleja en la novela. Y naturalmente podía haberse reflejado ya que también se debía dar en Cehegín.

Esta primera mitad del siglo XVII es el momento en el que el arte del renacimiento hispano llega a su cenit y se manifiesta ya esplendoroso el barroco. Y el barroco sí que tiene una tremenda relevancia en la vida cotidiana. Palacios, iglesias, retablos, cuadros de todas clases se produjeron por toda la geografía española y muy en concreto en la de Cehegín. Podríamos haber esperado que la novela nos metiese en el ambiente creativo que el período fue y apuntar a algunos de los logros que se testimonian en la villa de la ribera del Argos. El barroco tuvo además un tono muy particular, de exaltación mística y de intensa emotividad. Y esto si que se refleja en la novela; pero se refleja de una manera muy sesgada. Nada que tenga que ver con la elevación de espíritu del momento queda recogido. Lo que se recoge es una visión de la vida del momento categorizada con mucha carga de

caracterización del Cehegín actual. Me atrevería a decir que la obra de Salvador García Jiménez es y pretende ser no una novela histórica sino entre picaresca, costumbrista y evocadora. Picaresca por el sentido fundamentalmente negativo y crítico con el que se acerca a la realidad; costumbrista porque para caracterizar sus personajes emplea las ventanas de rasgos de la vida cotidiana del Cehegín que se fue y que sin duda también se daban en el siglo XVII; evocadora porque las páginas rezuman amor a la patria chica, amor sangrante, pero amor, al fin.

Cada capítulo, con buen acuerdo, ya que son tópicos del Barroco, ofrece un acercamiento al alma del preso de la torre de la Concepción: la curiosidad popular que hace a los mozuelos subir a los balcones para husmear lo que pasa dentro de las alcobas, las fiestas en las que hay corridas de toros, el robo de la cruz de plata procesional, el interés por la historia que dio como resultado aquellos curiosos documentos que vienen siendo designados como “falsos cronicones”, el uso de la nieve, los devaneos teológicos del momento y otras diversas anécdotas locales de mayor o menor relieve son los temas en torno a los que el autor teje las supuestas preocupaciones, ahogos, sofocos y obsesiones que debía padecer D. Martín de Ambel si es que las padeció.

En efecto, su interés por la historia de Cehegín, más bien da impresión de que era una mente tranquila y segura de si misma y a la que probablemente nunca la pareció mal lo que hizo en su juventud, que además probablemente fue muy alabado por todo el vecindario. No podemos olvidar que el pueblo era mucho más vengativo de lo que normalmente conviene y que la gentes solía quejarse de la blandura de la Santa Inquisición. Así como tampoco podemos olvidar que desde su refugio en sagrado, el hidalgo debió seguir cuidando de sus haciendas y echamos en falta todos el curso del ciclo agrícola, desde el que, sin duda, se podrían haber descubierto perspectivas de interés para la reconstrucción de la idiosincrasia del protagonista si de esto se hubiera tratado: la siembre, la recogida de la cosecha de uva, la recogida de la aceituna, los trabajos de invierno, la primavera con la siembra tardía, la huerta, amen de la recogida de esparto, de sosa y barrilla y otros muchos aspectos todos perfectamente documentados y clasificados en el archivo de la Villa.

La figura de D. Martín de Ambel es analizada y reconstruida desde una perspectiva interiorizante que nos hace aparecer un personaje marcado – ¿no podía ser menos? - por el duelo clave en la historia que lleva al protagonista a tener que refugiarse en sagrado y vivir allí el resto de su vida, mas de cuarenta y cinco años. Parece claro que el enfoque no solo es legítimo sino que el tema parece exigirlo. El problema se plantea en cuanto a los resultados. El Don Martín de Ambel que aparece en la novela ¿es creíble? ¿es verosímil? ¿representa al hidalgo medio de Cehegín?. Esta capacidad representativa es importante. Si Ambel fue una excepción absoluta resulta casi imposible hacer una novela ya que carecemos de datos para elaborar un mínimo de novela histórica. La posibilidad de hacer novela es poder reconstruir una historia creíble. Claro está que es posible hacer una caricatura y crear un personaje épico – y si no recuérdese a D. Quijote - , pero esos casos son bien claros y el que aquí comentamos no está entre ellos.

Es posible que el autor haya calado hondo en el alma del Cehegín contemporáneo y es probable que ello sea válido para el Cehegín de todos los tiempos. Y el autor tiene el derecho de elegir su tema. Pero si el autor no ha elegido hacer una novela histórica no podemos exigirle que la haya hecho ni podemos exigirle que la haga. Es él quien tiene que tomar sus decisiones. Y como el tema está elegido y está muy bien escrito, nuestra opinión de la obra es muy positiva, pero no es un juicio de la novela lo que aquí queremos tratar. Si hemos partido de la anécdota de la novela de Salvador ha sido porque nos permitía usarla como punto de partida, como elemento de reflexión, a modo de considerando previo que

nos permite plantear, aunque sólo sea con lo que acabamos de escribir, el tema y los problemas que hemos apuntado en el título.

LA HISTORIA DE CEHEGÍN: DESCRIPCIÓN REALISTA O RECONSTRUCCIÓN NOVELADA

Ahora se está planteando escribir una historia de Cehegín en la que se me invitado a colaborar. Si acepto, mi participación habrá de ser justamente en el ámbito de la literatura y en general de la cultura literaria y por ello el tema que planteo me resulta de gran interés. ¿Cómo habremos de escribir la historia para que sea “historia” y sea “de Cehegín”. Y para ambas cosas es preciso que el contenido de lo que se recoja y escriba sean hechos acaecidos en nuestro pueblo. Pero además habrá que reproducir lo que por llamarlo de alguna manera podemos designar como el “alma” de Cehegín. No es una suma de cosas lo que hace a un pueblo protagonista. El pueblo es algo más profundo que una serie de individuos agrupados mecánicamente, o dicho de otro modo “amontonados”. Un pueblo es un grupo de personas vertebradas sobre un esqueleto muy complejo y amplio y la revitalización de ese “ser” hay que hacerla a base de darle color y eso es una operación literaria.

Definir el “ser” de una colectividad es empresa es empresa difícil; pero reconocer que existe es algo difícilmente discutible. Díganlo si no las caracterizaciones que los cehegineros hacen de Caravaca y a la inversa. Todos los habitantes del noroeste murciano saben muy bien que una es la historia de Caravaca y otra muy distinta la de Cehegín, uno es el “modo de ser” caravaqueño y otro el ceheginero y es la contraposición lo que permite ver las diferencias.

Evidentemente son diferencias de matiz. Unos y otros tradicionalmente tenían y tienen una economía similar, unas concepciones similares de todas las cuestiones fundamentales y hasta unos usos piadosos similares, ya que p. e. el culto a la Cruz de Caravaca está difundido por todas partes en Cehegín, aunque otros usos sean propios de cada grupo. Lo que diferencia a unos de otros son rasgos históricos y ambientales, y entre estos uno no despreciable es la contraposición mutua, la autoafirmación frente al vecino: la rivalidad. Visto de muy lejos son rasgos incoloros, en buena medida cómicos, pero que condicionan las reacciones sociales y las cosmovisiones ¿Cómo poner en duda que el caravaqueño se siente “superior”, habitante y vecino de la “capital” de la región y que el ceheginero, toda vez que, superado en antiguo régimen, está constituido por ciudadanos más numerosos del estado general, son más cáusticos, más irónicos, más socarrones.

Caravaca y Cehegín han sido dos fortalezas fronterizas, pero Caravaca ha sido siempre más importante. Esto lo saben los cehegineros y no lo discuten. Su reacción es dejar ver su superioridad en el saber del pueblo llano. Todo esto crea hábito, crea fórmulas y el lenguaje es el mejor espejo y la mejor síntesis de la propia cultura¹.

¿Cómo se plasma esto en los documentos? Sin duda no fácilmente discernible. Leer un documento es fenómeno de complejidad notable. Hay que leer el texto, pero proyectado sobre su contexto social, económico, cultural, moral etc. y esto en muchas ocasiones es cuestión que más se intuye que se razona.

¹ GÓMEZ ORTÍN, J., *Vocabulario del NO murciano*, Murcia 1991

Hace ya medio siglo que E. Ludwig reflexionó sobre estos temas y escribió aquel magnífico ensayo que tituló “Historia y ficción” que habría que meditar más a menudo². Contraponen en él el autor al investigador y al artista, ponderando con mucho énfasis los grandes valores del artista para escribir historia. Algunos de sus párrafos son sumamente sugestivos y si se nos permite añadiremos que profundos: “Tantas veces como el investigador y el artista se encuentran en el mismo terreno hay disputa. Si el uno buscase solamente la verdad y el otro la belleza, no se originarían discrepancias: mas como cada cual busca la verdad en forma diferente, y cree que la suya es la mejor, surge el conflicto”....”El talento poético tanto puede perjudicar al historiador como favorecerle; pero siempre queda la cuestión de la proporción en que deben mezclarse la fantasía y la veracidad, que es al propio tiempo una cuestión moral: la de saber en qué grado se deja seducir el artista cuando trabaja como historiador...”

“(Para escribir historia) Hay que aniquilar las opiniones de los testigos del tiempo de aquella escena y las del tiempo de su declaración y hay que descubrir en todo cuál de los diferentes informes es psicológicamente más verosímil según el carácter del personaje. Para este fin hay, sobre todo, dos caminos. Uno de ellos es ir al lugar del hecho, comprobar todas las circunstancias, informarse también de la credulidad de los testigos y, después, emitir el fallo: el profesor en funciones de fiscal. El otro camino es situarse espiritualmente no sólo en el lugar, sino al mismo tiempo en el alma de todas las personas, dejando que lo resuelva todo el sentimiento, la fantasía, el conocimiento del alma, como hicieron Burckhardt y Carlyle”.

En efecto escribir historia bien requiere que el historiador se sitúe en el “alma” de las personas historiadas y esto, si se hace una biografía, es exigible. Ludwig lo dice expresamente³.

Pero se requiere algo más: se requiere información tanto para profundizar en la personalidad de los personajes historiados como para precisar los hechos narrados: “Los informes de los hombres de Estado a sus reyes o ministros, sus cartas y memorias, nunca repiten solo el contenido político de una conversación

La historia es una especie de drama y hay que narrarla en algún modo “dramáticamente” al modo de la vida misma, pero es un drama épico. Los dramas internos pertenecen a la biografía o pueden ser objeto de novela. La historia es algo cósmico. Decisiones políticas carentes de teleología pueden llevar a la comunidad a callejones sin salida; modos o formas de vida que supongan valores no bien fundados han traído consecuencias funestas para la agrupación política.

² LUDWIG, E., *Genio y carácter*, Barcelona, Ed.- Juventud, 1962, p 5-30.

³ “Si limitamos la cuestión a la biografía, la tercera forma entre Historia y ficción, aparecen al punto las diferencias con la novela, mientras que el drama, por su forma, ya no entra en la comparación. La novela histórica es exactamente lo contrario de la biografía; pertenece al autor de la novela histórica precisamente lo que está prohibido al biógrafo, o sea, debido a las sugerencias de los documentos, pasar más allá de estos, inventar. El investigador encuentra, el novelista inventa, el biógrafo siente. Será una mala novela la que invente poco, será una vergonzosa biografía la que invente una sola cosa. Se debería exigir responsabilidad al que inventa tratando de la verdad histórica, lo mismo en el sentido de añadir que en el de ocultar. Al biógrafo que excluye, trueca o completa caprichosamente un documento único esencial debería retirársele la *venia scribendi*, por atentado a la seguridad pública. Una vez reconocida la lógica de todo lo sucedido – y solo así ha de serle permitido escribir historia -, nada inventará o alterará, pues le dominará el convencimiento de que Dios inventa mejor que todos los poetas. Quien es capaz de leer las fuentes como un símbolo se siente respetuosos ante la fuerza del destino, que se manifiesta en el transcurso de cada vida.

El “destino” lo solemos crear los humanos con nuestras opciones y con las superestructuras que de ellas derivan.

Si yo llego a participar en la historia de Cehegín que se proyecta, primero entraré en su archivo, luego volveré a pasear por el pueblo, por sus campos y por sus pedanías. Procuraré visitar sus cementerios, miraré sus blasones y meditaré profundamente la planta de la villa. Hablaré con sus gentes vivas y leeré los documentos de las personas muertas. Me saciaré de contemplar sus monumentos y sus paisajes y a través de todo ello intuiré cual es la vida que ha de dársele a los hechos. Seré documentalista, pero también procuraré dramatizar con lo mejor de mis posibilidades. Procuraré no inventar, pero necesariamente tendré que reconstruir. Lo haré tomando los arquetipos culturales más puros que me sea posible y sobre ellos proyectaré los pequeños detalles que haya captado. Seguiré los pasos de ese gran biógrafo que fue Ludwig y describiré el drama del acontecer ceheginero⁴.

Trataría de hacer una narración novelesca pero sin inventar nada, respetando el menaje recibido de los múltiples interlocutores que son los documentos a manejar.

Volviendo al caso de D. Martín de Ambel para escribir no una novela de su vida, sino la historia del Cehegín del siglo XVII, yo trataría de explicar la tensión entre la “moda” o forma de vida nobiliaria reinante y la dureza moral que ella lleva implícita; plasmar la realidad del florecimiento de las labras heráldicas y la crítica “moral” de tal orgullo por parte de los predicadores, educadores etc.; plantear las aporías del código de comportamiento que lleva a un noble a tener que matar para mantener “intacta” su nobleza⁵; dibujaría el contraste entre el lujo insultante de las iglesias y palacios y la miseria sangrante de los pobres que se veían obligados a sobrevivir anclados en las estructuras sociales de tipo gentilicio como eran los señoríos. En el siglo XVII como en las demás etapas históricas ha habido miseria física y moral, pero esa se da por supuesto. Lo que a mí me interesaría es destacar las formas de vida, que suelen encasillar en una medida mucho más fuerte de lo que nos solemos imaginar el comportamiento de las gentes de cada época.

⁴ Todo esto es historia y no ficción. Todo consta en los documentos comprobados, pero en los libros de los técnicos se buscará en vano; allí nada de esto consta. O cuando más, como una nota marginal sin importancia y vergonzante. Porque arriba, en el texto, en las Cámaras tregias de sus libros, se concierta la paz de Lunéville o se fija el asalto al fuerte Döppler a las once y cuarto de la mañana; allí se señala la influencia de Grünewald sobre Rembrandt, o se enseña la gama de caracteres femeninos de Shakespeare, desde el amor platónico hasta el sexual, o la relación entre el hexámetro de Vossen y los de Herman y Dorotea, la influencia del teatro de títeres en el Fausto, o la política en Méjico de los predecesores de Lincoln, o lo que queráis y como más os agrade. El hecho más frío es para ellos más importante que el más ardiente símbolo, cuando lo único que importa es éste.”

⁵ El lema o divisa de uno de los escudos de la ermita de la Concepción reza “Non tangar inuolta” (= “No me dejaré tocar sin vengarme”)